

Afganistán: rezago de la Guerra Fría

DIEGO CORDOVEZ*

Muy pocas veces en su historia se han sentido los estadounidenses tan conmovidos como al producirse el ataque al World Trade Center y al Pentágono. No era solamente el dolor por la muerte de miles de inocentes víctimas de ochenta y seis nacionalidades. Era también la sensación de que en su propio suelo eran vulnerables a agresiones del terrorismo internacional. La tristeza y desamparo enseguida dieron lugar a una verdadera psicosis de la población en su conjunto y al examen urgente, al más alto nivel de la administración, de medidas de represalia y de estrategias para combatir al terrorismo que, en cuestión de minutos, obligó al mundo a enfrentar, como primer punto de la agenda, un trágico rezago de la Guerra Fría.

Tan enorme como la perversidad y audacia de los terroristas fue la ineptitud y negligencia de los servicios de inteligencia de Estados Unidos y de los países europeos donde se preparó el atentado. Solo después del ataque se supo que la policía de esos países tenía datos muy precisos, incluyendo vídeos, de las actividades sospechosas de los terroristas, de sus desplazamientos de un país a otro y de las transferencias de fondos que habían realizado. Se trató, sin duda, de un caso de condescendencia inexcusable, de una falta absoluta de realismo sobre las actuales circunstancias del mundo. Un talentoso comentarista decía que, más que imprevisión, hubo una incomprensible carencia de imaginación.

Los afganos –que súbitamente se encontraron en el ojo de la tormenta– habían vivido hasta 1973 en paz y tranquilidad bajo una monarquía que servía fundamentalmente de símbolo de unión y respetaba escrupu-

* Presidente del Centro Andino de Estudios Internacionales, CAEI, de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

losamente las tradiciones tribales. Ese año, Sardar Mohammed Daud, un primo y cuñado del rey Zahir Shah, organizó un complot palaciego, derrocó al monarca y pretendió instituir una república con un gobierno central. Los afganos se resistieron y el país entró en un período de turbulencia que se acrecentó aún más cuando en 1978 se produjo una revolución llamada socialista. Aparentemente la Unión Soviética respaldó a regañadientes a

Tan enorme como la perversidad y audacia de los terroristas fue la ineptitud y negligencia de los servicios de inteligencia de Estados Unidos y de los países europeos donde se preparó el atentado.

los revolucionarios, principalmente para complacer a un grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas que habían sido entrenados en Moscú. Pero siempre sensible a la inestabilidad política

de sus vecinos, la Unión Soviética observaba con preocupación lo que sucedía en Afganistán. En 1979, Nur Mohammed Taraki, el primer presidente de la República Democrática de Afganistán, fue asesinado y reemplazado por el vicepresidente, Hafizullah Amin, que adoptó una serie de medidas radicales y arbitrarias que colmaron la paciencia del Politburó.

El 27 de diciembre de 1979, la Unión Soviética resolvió imponer en Afganistán un régimen de su confianza encabezado por Babrak Karmal, un político que era embajador en Checoslovaquia, a quien los afganos acusan de haber llegado a Kabul en un tanque soviético. Más de 110 mil soldados soviéticos se instalaron en el país para respaldar al nuevo gobierno y para aniquilar la resistencia armada de los afganos, apoyada, con armas y entrenamiento, por Pakistán, Arabia Saudí y Estados Unidos. La Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos organizó con ese objeto la operación "secreta" más costosa de la historia, con la participación de *muyahidin*—"combatientes por la libertad"—de varias nacionalidades, principalmente árabes. Uno de los jóvenes saudíes que la CIA entrenó llevaba el nombre de Osama Mohammed bin Laden. Aunque la Unión Soviética habría podido continuar la ocupación de Afganistán durante muchos años—era todavía una gran potencia y mantenía en Afganistán un contingente limitado de sus tropas—se dio cuenta, poco después de llegar a Afganistán, que el costo humano y financiero de la ocupación sería demasiado alto. Afganistán era su Vietnam. Y como Vietnam, Afganistán, más que una acción imperialista, fue un tremendo error. Jóvenes rusos regresaban del frente afgano con hepatitis o tifoidea, adictos a las drogas o en un ataúd. La crítica internacional era cada vez más acerba. En 1981,

Moscú accedió a buscar una salida negociada con la mediación de las Naciones Unidas.

Las negociaciones fueron muy difíciles y muchas veces se acusó a los soviéticos de haberlas aceptado solamente para aparentar un compromiso de paz con la comunidad internacional hasta lograr que sus tropas se consolidaran en Afganistán. La verdad era que el gobierno soviético sí quería retirar sus tropas pero enfrentaba la oposición de sus Fuerzas Armadas, que consideraban humillante un acuerdo diplomático en ese sentido. En 1985, cuando Gorbachov asumió el gobierno, las negociaciones adquirieron mayor impulso porque el nuevo líder soviético se propuso establecer con los países occidentales una relación distinta, de acuerdo con una nueva política exterior que llamó el Nuevo Pensamiento, la dimensión internacional de la Perestroika. Gorbachov quiso dar fe de esa disposición retirando las tropas de Afganistán y –ante una opinión pública internacional escéptica e incrédula– aceptó los Acuerdos de Ginebra, que disponían el retiro soviético en un plazo de nueve meses. Gorbachov cumplió su compromiso escrupulosamente: el 15 de febrero de 1989, precisamente nueve meses después de la entrada en vigor de los Acuerdos de Ginebra, el General Boris V. Gromov, Héroe de la Unión Soviética y Comandante de las tropas en Afganistán, cruzó el Puente de la Amistad a la ciudad de Termez, en Uzbekistán. “No queda ni un solo soldado en Afganistán”, le dijo Gromov a un corresponsal de la televisión norteamericana que lo esperaba en el puente. “Nuestra misión de nueve años termina aquí.”

Anticipando la posibilidad, o probabilidad, de que al retirarse las tropas soviéticas se produjera un baño de sangre como consecuencia de un enfrentamiento entre afganos –los que habían apoyado la ocupación rusa y residían dentro del país contra los que habían formado parte de la resistencia y regresaban del exterior– y, aunque mi misión se limitaba a obtener el retiro soviético, presenté a nombre de las Naciones Unidas una propuesta para la formación de un gobierno de unidad nacional, o al menos la constitución de una amplia coalición, que incluyera elementos del régimen de Najibulá, que había reemplazado a Karmal como presidente de Afganistán, de los siete grupos políticos que se habían constituido en Peshawar, Pakistán, durante la ocupación y de otros grupos de afganos que permanecían en el país o que se habían exiliado en Europa y en Estados Unidos. Sugerí que se considerara la posibilidad de invitar al rey Zahir Shah –quien me había asegurado en dos reuniones que tuvimos en Roma que estaba dispuesto a regresar a su país– para que convocara una

loya girga –una gran asamblea de tribus que los afganos tradicionalmente han considerado el único método legítimo de adoptar decisiones– y establecer así un gobierno de transición que tuviera como su principal objetivo la reconciliación nacional.

La propuesta de las Naciones Unidas fue el resultado de intensas y extensas consultas con todos los sectores de la sociedad afgana, dentro y fuera del país. Pero era indispensable que las dos grandes potencias y el gobierno de Pakistán apoyaran la propuesta y promovieran su aceptación por sus respectivos amigos y aliados afganos. La Unión Soviética y Estados Unidos siguieron ayudando con armas y municiones a sus respectivos amigos, en contravención de los Acuerdos de Ginebra, y solamente después del golpe de Estado contra Gorbachov, en agosto de 1991, acordaron cesar su intervención en Afganistán (en Estados Unidos la CIA había vaticinado que, al salir las tropas soviéticas, Najibulá sería derrocado y reemplazado por los líderes de los grupos afines a Washington. No era ni la primera ni la única vez que la CIA se equivocaba: Najibulá se mantuvo en el gobierno durante cuatro años después del retiro soviético). El único que consideró favorablemente la propuesta de las Naciones Unidas fue el presidente Zia Ul-haq de Pakistán. En julio de 1988 me prometió tratar de persuadir a los siete líderes que entraran en conversaciones con Najibulá y enviar a su canciller a Moscú para negociar el apoyo ruso a la propuesta. Zia falleció trágicamente en un accidente aéreo tres semanas después...

El pueblo afgano quedó abandonado a su suerte y condenado a un nuevo período de sufrimiento. Lo que pasó cuando los soviéticos se retiraron fue lo previsible: se desencadenó una guerra civil que destruyó aún más el país. Durante la ocupación, al menos Kabul se había mantenido intacta porque los soviéticos, conscientes del valor simbólico de la capital para los afganos, la habían protegido a toda costa. Najibulá fue finalmente derrocado en abril de 1992 y reemplazado por un gobierno de los siete líderes de Peshawar presidido por Burhanuddin Rabbani, uno de los “moderados”. No bien asumió el nuevo gobierno se inició la guerra civil y los siete líderes empezaron a atacarse mutuamente. Se dio un espectáculo grotesco: el primer ministro, Gulbuddin Hekmatiar, el más radical de los líderes, lanzaba sus tropas contra las del presidente y las del ministro de Defensa, Ahmed Shah Massoud. Kabul fue reducido a escombros.

Pakistán, que desde su independencia mantiene con la India un conflicto territorial que ha dado lugar a tres guerras, ha considerado siempre que un gobierno inamistoso en Afganistán puede poner en serio

peligro su seguridad. Había jugado un papel crucial en la organización del grupo de los siete líderes de Peshawar como el eje político de la resistencia contra los soviéticos, pero sintió que, al asumir ellos el gobierno en Kabul, empezó a perder el control que había ejercido durante la ocupación soviética. La anarquía que se había desatado en Kabul llevó al gobierno de Islamabad a buscar una alternativa. En 1994, su servicio de inteligencia –el siniestro ISI– empezó a organizar un grupo de musulmanes fanáticos –los Talibán, plural de taleb, estudiante religioso– que, apoyados por algunos comandantes veteranos de la resistencia contra la Unión Soviética, empezó a ganar terreno en la guerra civil. Un *mulá* extremista y fanático, Mohamed Omar, fue designado “comandante de los creyentes”. El 27 de septiembre de 1996, los Talibán, que habían derrotado a todas las fuerzas que se les opusieron, incluyendo las de Rabbani, Hekmatyar y Massoud, ocuparon victoriosos la capital de Afganistán. Lo primero que hicieron fue apresar, castrar y ejecutar a Najibulá y a su hermano, que se encontraban asilados en la oficina de las Naciones Unidas, y colgaron sus cadáveres de dos faroles. Enseguida establecieron un régimen de purismo islámico y de terror que involucró, entre muchos otros atentados contra las personas, un tratamiento humillante y cruel de las mujeres. Rabbani y Massoud, junto con algunos comandantes de la resistencia a los soviéticos, formaron la Alianza del Norte, que controló entre el 10 y el 35 por ciento del territorio durante los últimos cinco años, y Rabbani mantuvo su acreditación ante las Naciones Unidas como el gobierno legítimo de Afganistán.

El régimen de los Talibán fue reconocido solamente por Pakistán, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos. En todos sus actos de gobierno ese régimen demostró ser totalitario, fundamentalista, troglodita, obcecado, xenófobo y violento, seguramente el más despiadado y despótico que han conocido los afganos. Los Talibán, además, pretendieron imponer la hegemonía étnica de los Pastunes en un país donde la convivencia de ese grupo étnico, al cual pertenece un cuarenta por ciento de la población, con otros grupos étnicos –los Tajikos, los Usbekos, los Hazaras y otros aún más minoritarios– ha constituido tradicionalmente la clave de su estabilidad política (de paso dinamitaron hace unos meses dos estatuas de Buda, con las cuales se identificaban sentimentalmente los Hazaras por ser descendientes de los mongoles, un verdadero crimen contra la cultura y una grave ofensa a ese grupo étnico). Y permitieron a bin Laden establecer en el territorio que controlaban el cuartel general de Al Qaeda, su vasta organización terrorista, así como campos de entrenamiento y

otras instalaciones. El encubrimiento de bin Laden y la colaboración de los Talibán con su red terrorista es evidente e irrefutable.

El domingo 9 de septiembre, dos días antes del ataque al World Trade Center y el Pentágono, el comandante Massoud, un gran estratega y negociador, inteligente y carismático, fue asesinado por dos supuestos periodistas árabes que llegaron a su oficina con una grabadora que contenía una bomba. La Alianza del Norte ha acusado a bin Laden de organizar el atentado por los dos suicidas. Si así fue, bin Laden demostró conocer a sus enemigos. En las actuales circunstancias, Massoud hubiera aportado invaluable información, y su participación personal, a los esfuerzos para ubicar a bin Laden. Aunque contaba con muy limitado armamento, Massoud había logrado establecer un puesto de avanzada relativamente cerca de Kabul y conocía como nadie los lugares en que se encontraban las instalaciones militares de los Talibán y de bin Laden.

Unos días después de los ataques en Nueva York y Washington, el presidente Bush anunció, ante el Congreso en pleno, el principal objetivo de su gobierno: desarticular toda organización terrorista y a quienes apoyan, encubren, socorren o dan cualquier tipo de ayuda a dichas organizaciones. Pero contrariamente a lo que muchos norteamericanos deseaban y esperaban, las acciones encaminadas a conseguir ese objetivo no se iniciaron de inmediato. Aunque se hablaba de divergencias en la administración, es evidente que se impuso el criterio del secretario de Estado Powell, quien durante su carrera militar siempre demostró cautela y una gran serenidad en los preparativos. Convertido en jefe de la diplomacia norteamericana, Powell primero organizó una gran coalición de estados, obtuvo una resolución de las Naciones Unidas que implícitamente autorizaba el tipo de acciones que se estaban preparando y aconsejó una muy clara definición de propósitos que el presidente Bush enunció en su discurso ante el Congreso y posteriormente en numerosas ocasiones. En ese contexto, Estados Unidos declaró solemnemente que no consideraba responsable de los ataques a ninguna religión y a ninguna nacionalidad.

Durante todo ese período, Washington consiguió la participación en la coalición que estaba organizando de países que le darían mucha credibilidad y peso político a las acciones que se estaban preparando. El primer ministro del Reino Unido Blair dio elocuente apoyo a la coalición y se constituyó en el lugarteniente de Bush en la organización de las operaciones a realizarse, para las cuales dispuso la participación de sus efectivos militares. Rusia, inesperadamente, se sumó incondicionalmente a la coa-

lición con palabras de su presidente, Vladimir Putin, que parecían indicar que se había producido una completa reconciliación entre los dos principales antagonistas de la Guerra Fría. Los países que habían formado parte de la Unión Soviética y que bordean Afganistán ofrecieron ayuda logística para los esfuerzos encaminados a desarticular la organización de bin Laden. China lo hizo en forma más discreta pero su apoyo fue significativo y valioso. Pakistán, que había mantenido una relación tensa con Estados Unidos desde que demostró tener armas nucleares, accedió a todos los pedidos de colaboración que recibió de Washington, que a su vez levantó las sanciones que le había impuesto, ofreció abundante ayuda para solucionar la grave situación económica que enfrentan los paquistaneses y prometió su colaboración para solucionar el problema de Cachemira. La Unión Europea dijo estar dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario y adoptó una serie de medidas legales destinadas, por ejemplo, a facilitar y acelerar los procesos de extradición de terroristas. La OTAN acordó invocar por primera vez en su historia el artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte en virtud del cual un ataque a un miembro se considera como una agresión contra todos los demás. La OEA resolvió invocar una disposición similar del Tratado de Asistencia Recíproca pero no se comprometió a tomar las medidas que podrían ser necesarias para cumplir dicha decisión.¹ Los cincuenta y siete miembros de la Conferencia de los Países Islámicos condenaron el ataque terrorista a Estados Unidos y expresaron su apoyo a operaciones contra el terrorismo que no involucren ataques a poblaciones civiles.

Aunque Arabia Saudí y Egipto manifestaron su deseo de sumarse a la coalición, su conducta creó desde el principio dudas en Washington sobre la sinceridad de sus intenciones. Arabia Saudí se negó a entregar antecedentes sobre los secuestradores de los aviones que se utilizaron en los ataques, no obstante que la mayoría de ellos era de nacionalidad saudí, y a tomar las acciones de carácter financiero que los miembros de la coalición adoptaron. El gobierno de ese país financia las *manasas* (escuelas coránicas) en que se formaron los Talibán y tradicionalmente ha man-

Unos días después de los ataques en Nueva York y Washington, el presidente Bush anunció, ante el Congreso en pleno, el principal objetivo de su gobierno: desarticular toda organización terrorista y a quienes apoyan, encubren, socorren o dan cualquier tipo de ayuda a dichas organizaciones.

tenido políticas ambivalentes en lo político y religioso. El gobierno de El Cairo, tradicionalmente uno de los mayores beneficiarios de ayuda norteamericana, permitió una campaña de prensa de inusitada agresividad contra Estados Unidos, que molesta a Washington porque conoce el control que el régimen egipcio ejerce sobre los medios de comunicación.

El primer paso que se dio en lo que Bush llama una guerra, y Powell una campaña, contra el terrorismo, consistió en una serie de medidas de carácter financiero destinadas a impedir los traspasos de fondos de los terroristas y su congelamiento. La novedad de esas medidas es que incluyen disposiciones punitivas para aquellas instituciones bancarias que se nieguen a ponerlas en vigor, o lo hagan en forma deficiente. En tales casos el gobierno de Estados Unidos congelará los fondos que dichas instituciones hayan depositado en Estados Unidos. En muy pocos días se congelaron varios millones de dólares pertenecientes al terrorismo.

Aunque mucho se especuló al respecto, habría constituido no solamente una injusticia sino un gran error atacar a Afganistán y, en consecuencia, a partir del momento en que se iniciaron las acciones militares por parte de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos y el Reino Unido, el domingo 7 de octubre, se anunció repetida y categóricamente que el objetivo de los bombardeos, y de las operaciones de fuerzas especiales que se realizarían simultáneamente, era destruir exclusivamente las instalaciones militares de los Talibán y los campamentos, bases militares y campos de entrenamiento de los terroristas. Una y otra vez se habló de operaciones “quirúrgicas” contra, exclusivamente, los terroristas acampados en territorio afgano y sus protectores, los Talibán.

Por cierto, no obstante la muy avanzada tecnología del armamento de que ahora disponen Estados Unidos y el Reino Unido, se cometieron involuntarios errores –ya se vieron en la Guerra del Golfo y durante los bombardeos en los Balcanes– y ha habido víctimas civiles inocentes, cuyo número exacto depende de la fuente de la información. Así como en Belgrado se bombardeó por error la embajada china, en Kabul se destruyó un depósito de medicinas y alimentos de la Cruz Roja, dos veces. Habría sido ilusorio esperar lo contrario. Algo cándidas eran también las aseveraciones que se hicieron sobre la corta duración de las operaciones militares. La Unión Soviética y Estados Unidos dejaron una cantidad enorme de armas y municiones en Afganistán y por lo tanto los Talibán y la Alianza del Norte todavía contaban con instrumentos de guerra, viejos y en mal estado, pero también muy sofisticados –como los misiles Stinger que Estados Unidos trató

de recuperar después del retiro soviético ofreciendo un millón de dólares por unidad– y debió anticiparse que tomaría algún tiempo destruir y neutralizar la defensa aérea y terrestre de los Talibán y de bin Laden.

Paralelamente se anunciaron esfuerzos para organizar un nuevo gobierno en Afganistán y aparentemente se despolvó la propuesta que las Naciones Unidas había formulado en 1988 porque las declaraciones que se hicieron al respecto recuerdan las disposiciones que entonces se sugirieron. Se habla una vez más de persuadir al ex rey Zahir Sha que convoque una *loya girga* para que designe un gobierno multiétnico, que incluya representantes de todas las regiones y personalidades que viven en el exterior. Pakistán consiguió de Colin Powell una declaración en el sentido de que miembros “moderados” de los Talibán podrían integrar el nuevo gobierno –declaración que causó enorme malestar en la Alianza del Norte– pero todos afirmaron una y otra vez que las negociaciones encaminadas a establecer el gobierno deberían conducirse exclusivamente entre afganos. Voceros norteamericanos posteriormente han aseverado que “Talibán” y “moderado” son términos mutuamente excluyentes, pero han reconocido que cualquier gobierno en formación deberá contener una participación de Pastunes que refleje el porcentaje de esa etnia en la población afgana. Bush anunció que la responsabilidad de impulsar esas negociaciones debía recaer en el secretario general de las Naciones Unidas.

Aunque el propósito de establecer un nuevo gobierno en Afganistán es loable, sería lamentable que se subestimen las dificultades del proyecto y el tiempo que tomará concluirlo con éxito. Las emociones de más de veinte años de controversias son aún más profundas que las que unos y otros expresaron al final de la ocupación soviética. El ex rey, identificado como una potencial figura central del proceso, tiene 87 años de edad y no tiene ni el vigor ni el conocimiento de la compleja madeja política afgana que necesitaría para conducir con éxito la jornada de liderazgo que de él se espera. Además, no es realista pretender organizar un gobierno central, contrario a la tradición afgana. Desconocer esas tradiciones y costumbres constituyó sin duda la principal equivocación de los soviéticos.²

Si bien la propuesta de las Naciones Unidas era viable en el momento en que se formuló –porque se limitaba a proponer una fórmula de transición– transcurrido el tiempo y dos intentos políticos –el de los siete líderes de Peshawar que ahora integran la Alianza del Norte y el de los Talibán– con las consecuencias trágicas que tuvieron, lo que debería hacerse ahora, como paso previo, es una reformulación del Estado afgano –volver

atrás, si se quiere— a fin de reconocer no solamente la multiplicidad étnica del país sino también la descentralización del poder político y la administración que durante tantos años garantizó a esa sociedad estabilidad y paz. Solo así se podrá conseguir la colaboración de muchos líderes que sentirán la confianza de que podrán ejercer el poder que tienen en sus respectivas tribus sin verse obligados a aceptar la autoridad de un régimen

Aunque el propósito de establecer un nuevo gobierno en Afganistán es loable, sería lamentable que se subestimen las dificultades del proyecto y el tiempo que tomará concluirlo con éxito.

central que bien podría quedar en manos de sus más encarnizados adversarios. Las rivalidades y antagonismos de muchos años de guerra no se van a borrar durante el período de las negociaciones encaminadas a reemplazar a los Talibán. Pretender en las actuales circunstancias establecer un gobier-

no centralizado, por más “amplio” y “representativo” que sea, podría dar lugar, en muy poco tiempo, a la desintegración de Afganistán.

Resulta, sí, alentador observar que todos, aparentemente, están conscientes de la necesidad de rectificar los errores cometidos cuando la Guerra Fría llegaba a su término. Todos, aparentemente, consideran que el problema que se ha creado en Afganistán es un rezago, o el epílogo, de esa confrontación malhadada. Estados Unidos y la Unión Soviética reconocen que, habiendo resuelto el conflicto ocasionado por la ocupación soviética —es decir, la disputa entre ellos— abandonaron al pueblo afgano, que entró en un período de anarquía política y militar. Pakistán reconoce que en su afán de establecer un gobierno amigo en Afganistán creó un régimen totalitario y retrógrado que, además de violar impunemente todos los derechos de los afganos, permitió establecer en ese país el cuartel general de una red terrorista execrable. Junto con Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, que rompieron relaciones diplomáticas con el régimen Talibán, Pakistán le dio la espalda, intentó retirar —no siempre con éxito— los efectivos militares y de inteligencia que colaboraban con ese régimen y concedió a la coalición todas las facilidades para combatirlo.

En la tercera semana de las operaciones militares en Afganistán empezaron a surgir dudas sobre la forma en que se estaban desarrollando y sobre los posibles efectos de la demora en conseguir los objetivos propuestos en la que era solamente la primera fase de una larga campaña contra el terrorismo. El presidente de Pakistán advirtió que la prolonga-

ción de las operaciones podría tener peligrosas repercusiones en su país. El régimen Talibán opuso una resistencia que no se había anticipado y las consultas para establecer un nuevo gobierno demostraron la complejidad de las dificultades que debieron haberse previsto. Los Talibán iniciaron una campaña de propaganda –utilizando con habilidad las imágenes de destrozos materiales y de víctimas civiles de los bombardeos– la cual, unida a un inepto manejo de la información en Washington y Londres, produjo desconcierto en la opinión pública internacional y contribuyó a crear en los países islámicos una renovada sensación de que la población afgana era objeto de hostilidades inmerecidas. Las seguridades que se habían dado en el sentido de que las operaciones militares serían de carácter “quirúrgico” –cuidadosamente dirigidas exclusivamente contra los Talibán y los terroristas– parecían impugnadas por la realidad en el terreno. Las manifestaciones y protestas se multiplicaron. La ejecución por los Talibán de Abdul Haq, un prestigioso comandante *muyahidin*, creó mucha frustración en los servicios de inteligencia –en parte porque no le dieron adecuada protección– y sobre todo en otros afganos que, como Abdul Haq, estaban dispuestos a tomar riesgos para desestabilizar políticamente a los Talibán. Mientras tanto, las Naciones Unidas encontraba enormes dificultades y obstáculos para hacer llegar alimentos y medicinas a un pueblo que se estaba muriendo de hambre.

Estados Unidos y la coalición se vieron obligados a cambiar de estrategia. Se dice que Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa, y Condoleezza Rice, la asesora de seguridad nacional, utilizaron la existencia de un ambiente negativo en la opinión pública para imponer la estrategia que originalmente habían propuesto y que el secretario de Estado había vetado. La nueva estrategia consistía en promover el avance de los efectivos de la Alianza del Norte hacia Mazar-i-Sharif a fin de lograr una primera derrota contundente de los Talibán y promover así el proceso de su desbande. Powell había insistido en que podrían complicarse los esfuerzos para organizar el nuevo gobierno de Afganistán si se permitía a la Alianza del Norte controlar más territorio. Bush, aparentemente, aceptó que la Alianza intentara ocupar Mazar-i-Sharif, pero no Kabul.

De hecho, en el momento de escribir estas líneas –quinta semana de las operaciones militares– empieza a producirse la disolución o desbande del régimen Talibán, aunque algunos analistas creen que podría tratarse de un repliegue estratégico. La Alianza del Norte conquistó la ciudad norteña de Mazar-i-Sharif, lo cual permitió establecer un corredor estra-

tégico y humanitario con el exterior, y después de haber sido desplazados de Herat y otras ciudades, los Talibán intempestivamente abandonaron Kabul. Después de masacrar a unos cuantos Talibán –no se sabe bien cuántos– la Alianza ocupó Kabul, desobedeciendo así las instrucciones de Bush (si el presidente de Estados Unidos esperaba que los afganos le obedecieran era presumiblemente porque no le habían explicado bien la personalidad e idiosincrasia de ese pueblo). El proceso, en consecuencia, se precipitó vertiginosamente y surgió la urgencia de promover la formación de un gobierno transitorio para evitar un vacío de poder o, peor aún, la instalación en Kabul de un régimen de la Alianza del Norte, que podría dar lugar a un nuevo capítulo de su arbitraria y anárquica actuación cuando sus líderes derrocaron al régimen pro-soviético de Najibulá.

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reunió apresuradamente y –reconociendo que las consultas para establecer un gobierno multiétnico no habían registrado ningún avance– dispuso la ejecución inmediata de un plan propuesto por el representante del secretario general, Lakhdar Brahimi, un hábil y prestigioso ex canciller de Argelia. También se discute con celeridad la posibilidad de organizar una fuerza de seguridad (que no es lo mismo que una fuerza de paz), bajo la égida del Consejo y compuesta de efectivos de países islámicos, para controlar el orden hasta la constitución de un nuevo gobierno. Lo más alentador es que el derrocamiento del régimen Talibán señaló una reducción de los bombardeos de instalaciones cercanas a poblaciones civiles y que las Naciones Unidas pudo reanudar el transporte y distribución de alimentos y medicinas en un amplio sector del territorio afgano. Altos funcionarios en Washington y Londres insistían repetidamente que, derrotados los Talibán –para lo cual sería necesario desalojarlos de Kandahar y Kunduz– quedaba pendiente la destrucción de todas las instalaciones de Al Qaeda en Afganistán y la captura o muerte de bin Laden y sus secuaces.

Si no se logra eliminar el terrorismo se puede derrumbar toda la estructura de paz y seguridad que se instituyó con enormes problemas en el período de la post guerra. Estados Unidos y la coalición tienen, por eso, un muy amplio apoyo de la opinión pública internacional. Lo que está en juego es la seguridad de todos. Los gobiernos de Washington, de Moscú, de la Unión Europea, de Beijing –que en este contexto han exhibido una coincidencia de posiciones inédita– tienen toda la razón cuando dicen que la campaña contra el terrorismo tiene que llevarse adelante sin contemplaciones. Tienen razón también cuando dicen

que todos tenemos que adaptarnos a nuevas condiciones de vida. Es cierto, además, que había urgencia en tomar las medidas de represalia que correspondían y que posiblemente se han realizado acciones secretas cuyos resultados todavía no se pueden dar a conocer. El derecho a la defensa propia está consagrado en la Carta de las Naciones Unidas y en otros instrumentos multilaterales. La culpabilidad de bin Laden, que ya estaba sujeto a proceso en los tribunales de Estados Unidos, y la protección que le había dado el régimen Talibán en territorio afgano, eran irrefutables.

Pero la coalición debe identificar futuros objetivos con serenidad y realismo. Por el momento se discute abiertamente la posible existencia de una red terrorista amparada por el gobierno de Irak, y su vinculación con Al Qaeda, y se han calificado de terroristas a varias organizaciones en, por ejemplo, Siria, Filipinas y Colombia. Pero si una vez que concluya la primera fase de la campaña en Afganistán, Estados Unidos pretende imponerle a la coalición objetivos y operaciones inaceptables, la coalición dejará de existir. Cabe concluir que, si es cierto que los sucesos en Nueva York y Washington cambiaron diametralmente las circunstancias del mundo, lamentablemente también es verdad que sería engañoso tratar de visualizar la prioridad, dirección y destino de futuros esfuerzos para derrotar al terrorismo.

Al mismo tiempo que se ejecuta la campaña contra el terrorismo internacional, es indispensable que se sigan analizando sus causas. Estados Unidos, justamente por haber sido la víctima de la más alevosa y despiadada agresión terrorista de la historia, debería continuar haciendo un examen de conciencia e introspección para determinar las razones que motivaron el atentado y la organización de redes terroristas en más de sesenta países. Que Washington está consciente de la existencia de profundos resentimientos lo demostró el presidente Bush cuando tocó el tema en su discurso en el Congreso. Dijo que los ataques al World Trade Center y al Pentágono habían tenido lugar porque Estados Unidos es lo que es, una democracia y una sociedad abierta, que despierta rencores en muchos individuos.

Es cierto que las grandes potencias, a través de la historia, han generado irritación y sentimientos de resentimiento y animosidad. Atenas, Roma y Londres, enfrentaron en su día esa animadversión. Estados Unidos, la más poderosa potencia militar, económica y tecnológica de la historia no podía ser una excepción. Lo curioso en el caso de Estados Unidos es que es un pueblo profundamente aislacionista, reacio a las interven-

ciones en asuntos externos y renuente a participar en esquemas multilaterales de cooperación internacional. No olvidemos que fueron esos los motivos por los cuales Washington no formó parte de la Liga de las Naciones y que si participó en la Segunda Guerra Mundial fue porque sufrió el ataque a Pearl Harbour. La administración de Bush quiso demostrar desde el principio que era muy sensible a esos sentimientos aislacionistas de los norteamericanos y adoptó una actitud que algunos analistas calificaron de “unilateralista” y que empezó a ejecutarse rechazando la Convención de Kyoto sobre el medio ambiente, el acuerdo para la constitución de la Corte Penal Internacional y varios otros instrumentos multilaterales. Bush anunció también que reduciría drásticamente el protagonismo de Washington en las negociaciones del Medio Oriente. Ese espíritu aislacionista puede ser el resultado de que Estados Unidos es un país de inmigrantes al que docenas de miles de jóvenes ingresan diariamente, legal o ilegalmente, en busca del “sueño americano”. Es un pueblo hospitalario, generoso, solidario, veraz y digno. Lo que irrita, resiente y despierta odio en todo el mundo son las políticas y los doble estándar de la “República Imperial” de la que hablaba Raymond Aron.

En América Latina son evidentes, por ejemplo, los trastornos y tensiones que han causado innumerables intervenciones estadounidenses de carácter político, militar y financiero, a veces en forma frontal –como las acciones relativamente recientes en Granada, Haití y Panamá– y otras veces mediante operaciones clandestinas valiéndose de agentes de tan dudosa reputación como Noriega y Montesinos, y tantos otros. Principalmente durante el período de la Guerra Fría hubo actuaciones de doble estándar que le causaron profundo agravio a muchos gobiernos. En sectores de izquierda produjo ácidas críticas la reacción de Washington a la Revolución Cubana y la imposición del embargo a ese país ha sido severamente censurado por todos los países latinoamericanos durante ya varias décadas. Iniciativas que despertaron algún optimismo, como la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy, terminaron en fracaso y la región ha sentido siempre que Estados Unidos, además de condicionar sistemáticamente su ayuda, no ha promovido una cooperación para el desarrollo que tuviera efectos realmente significativos en las economías de nuestros países.

Ha habido, sin duda, actitudes descorteses, arrogantes y hasta humillantes que han herido la dignidad de más de un jefe de Estado y ocasionalmente de todo un pueblo. La imagen más reciente de nuestra relación con Estados Unidos, por ejemplo, es la de un funcionario secundario, pe-

ro con ínfulas de procónsul, que vino de Washington cuando un gobierno se tambaleaba y que apareció en blue jeans en el despacho del presidente de la República. Un perfecto cowboy. Episodios como ése y otras ofensas y demostraciones de indiferencia se registran periódicamente en las relaciones bilaterales de Estados Unidos con la mayoría de los países de la región. De ahí la parquedad de las expresiones latinoamericanas de condolencia cuando se produjeron los ataques en Nueva York y Washington y las aguas tibias cuando la OEA discutió la guerra contra el terrorismo. El proceso de negociaciones hacia la constitución de un Área de Libre Comercio de las Américas debería constituir el marco para una gradual transformación del contenido y las formas de las relaciones interamericanas.

El fundamentalismo islámico surgió hacia fines de la década de los setenta como una reacción a regímenes autoritarios y corruptos que gastaban inmensos recursos en armas mientras sus pueblos sufrían de pobreza, desnutrición y un atraso generalizado. Jóvenes desesperados, embriagados por un extremismo religioso basado en una interpretación purista del Corán –posible porque el Islam no ha tenido ni la reforma de los protestantes ni una modernización como la que adoptó el Concilio Vaticano hace ya varias décadas– y fuertemente reprimidos en sus respectivos países por sistemas totalitarios, empezaron a ejecutar actos terroristas, como el que le costó la vida al presidente Sadat. Elementos fundamentalistas y extremistas resolvieron después demostrar en el exterior la viabilidad de una estrategia para expresar su desaliento que podía dejar indefensos a quienes contaban con el poder militar, por vasto que fuera. Sus autores eran débiles pero poco vulnerables; Europa y Estados Unidos eran fuertes, pero altamente vulnerables.

Aunque inicialmente los ataques terroristas se produjeron principalmente en países europeos –recordemos, por ejemplo, la época de constantes atentados contra el tren subterráneo de París– el proceso de radicalismo islámico pronto adquirió una fuerte tendencia antinorteamericana, principalmente porque siempre se ha percibido al gobierno de Washington como el gran aliado de Israel en el conflicto del Medio Oriente. En años recientes el gendarme del mundo unipolar se ha demostrado

indispensable en repetidas y decisivas oportunidades en ese contexto, pero su prepotencia ha frustrado muchas de sus actuaciones. Tan es así que la percepción de parcialidad no se borró cuando Clinton presentó la propuesta de Camp David, muy favorable a los palestinos y que le costó el puesto a Barak por el solo hecho de haberla considerado. La ironía es completa cuando se escuchan algunas declaraciones palestinas, como las del negociador Yasir Abed Robbo: “Lo único que es cierto es que sin Estados Unidos nada puede pasar con respecto a una solución en el Medio Oriente”.³

Arafat, por eso, reaccionó con enfado cuando bin Laden pretendió secuestrar la bandera palestina en el proceso del Medio Oriente, erigirse en vocero de la nación palestina y víctima de la política estadounidense. Arafat condenó repetidamente, con palabras singularmente duras, el atentado del 11 de septiembre y tomó medidas de represión contra aquellos que celebraron el horroroso atraco. El giro retórico de bin Laden había resultado artificial porque él organizó su red terrorista Al Qaeda para combatir a la monarquía de su propio país, a quien acusa de haber traicionado su condición de guardián de las mezquitas de Meca y Medina, centrales en la religión islámica, al permitir a infieles, Estados Unidos, la instalación de bases militares cuando Irak invadió a Kuwait. Esa fue la razón esgrimida para los ataques terroristas a dos cuarteles militares norteamericanos en Arabia Saudí, a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania y al crucero Cole, que precedieron al ataque al World Trade Center y al Pentágono, y que dejaron como saldo centenares de muertos. Colaboradores de bin Laden también estuvieron involucrados en el atentado anterior al World Trade Center, en 1993.

Estados Unidos no es un enemigo de los musulmanes –varios cientos de miles viven en Estados Unidos y practican libremente su religión– y se pronunció abiertamente a favor de los musulmanes de Bosnia y de Kosovo. En Bosnia incluso organizó una operación secreta para proveer armas y municiones a los musulmanes. Pero Estados Unidos ha apoyado durante muchos años y en diversas formas a regímenes totalitarios del Medio Oriente y le ha faltado sensibilidad para tratar de “conectar”, como se dice ahora, con los musulmanes. No conocen sus sentimientos, sus esperanzas y sus angustias. El profesor Bernard Lewis de Princeton afirmaba con mucha razón en uno de sus libros que la impresión que prevalece en esos pueblos desde hace muchos años es que las políticas de Washington han tenido como resultado el fortalecimiento y endurecimiento de los regíme-

nes totalitarios del Medio Oriente y que la globalización, que los estadounidenses impulsan, solo ha producido mayor pobreza.

La verdad es que, como dice el historiador Javier Tusell, “cualquier hecho que se refiere a Estados Unidos produce un doble efecto de admiración y de crítica”. En los mismos círculos en los que se expresan acerbas recriminaciones, se ensalza la cultura de Estados Unidos, su música, sus películas, la Coca Cola, la tarjeta American Express, la hamburguesa y el hot dog. En el video que se difundió poco después de iniciarse las operaciones militares en Afganistán, bin Laden lucía en la muñeca un reloj Timex, fabricado en Westbury, Connecticut. Lo que cabe esperar es que el suceso trágico de septiembre dé lugar, si es posible, a la adopción de un nuevo orden internacional, como sugiere Gorbachov, y que en todo caso sea la ocasión histórica para que se produzca un cambio significativo de actitudes.

Israel y Palestina tienen que reanudar en un nuevo espíritu las negociaciones hacia un acuerdo de convivencia entre los dos estados, con la mediación de un Estados Unidos más comprensivo y tolerante. En ese tono habló Bush ante las Naciones Unidas y también Colin Powell en el discurso en el que convocó a las partes a reunirse con un nuevo mediador de Washington. Tiene que haber, por fin, un esfuerzo colectivo y robusto para eliminar la pobreza –“desde todos los frentes y por todas las instancias” (Amartya Sen)– y en ese contexto hay que insistir en la necesidad de una gobernabilidad política que elimine los excesos y los aspectos perversos de la globalización. Tiene que haber mayor apoyo a las Naciones Unidas, a las acciones políticas multilaterales y a la cooperación internacional para el desarrollo. Hay que alcanzar más altos niveles de mutuo entendimiento, de seguridad colectiva y de trabajo conjunto, y hay que reducir la prepotencia y el egocentrismo. Hay que transformar las mentalidades y emociones en favor de la paz. Todo eso tomará tiempo y demandará la visión, persistencia y voluntad política de todos. El mundo, sin la menor duda, atraviesa un momento de profunda crisis. Pero hay que enfrentar los desafíos, por muy distintos que sean, a los que la humanidad conoció durante siglos. Como decía Samuel Huntington en su célebre libro, muchas cosas son probables, pero ninguna es inevitable.

NOTAS

1. *La Declaración de Lima*, del 24 de noviembre de 2001, se mantuvo en los mismos niveles de cautela en cuanto a posibles acciones concretas.
2. Durante una visita reciente a Madrid, para asistir a una Conferencia sobre Transición y Consolidación Democráticas, el ex presidente Gorbachov declaró: "La Unión Soviética cometió un gran error cuando entró en Afganistán, apoyando a unos marxistas centralistas en un país de etnias muy diversas, con formas de gobierno tribales. Esa centralización era totalmente desconocida en Afganistán. Es el mejor ejemplo de que no se puede imponer por la fuerza ningún gobierno a un territorio que tiene sus propias tradiciones, sus normas de vida y sus relaciones", *El País*, 28 de octubre de 2001.
3. Anthony Lewis, "Waiting for America", *The New York Times*, 17 de noviembre de 2001.

